

cedan ventajas particulares al uno con preferencia al otro. Por eso todos han de ser iguales ante la ley; ninguna persona, familia ó clase tendrá privilegio alguno; nadie podrá reclamar un derecho del que esté otro privado; nadie estará obligado á soportar una carga de la que otro esté exento. Por otra parte, siendo todos libres, cada uno entra por su propia voluntad en el haz de voluntades que constituye la nueva sociedad; necesario es que en las resoluciones comunes intervenga por la parte que le corresponde, pues sólo con esta condición se obligó; él no está obligado á respetar las leyes sino por haber contribuído á su formación, ni á obedecer á los magistrados sino por haber contribuído á su elección. En el fondo de toda autoridad legítima, debe hallarse su consentimiento ó su voto, y en el ciudadano más humilde, los más elevados poderes públicos están obligados á reconocer á uno de los miembros de su soberano. Nadie puede enajenarse ni vender esta parte de soberanía; es inseparable de la persona, y cuando delega su uso conserva su propiedad. Libertad, igualdad, soberanía del pueblo; estos son los primeros artículos del contrato social. Fueron rigurosamente deducidos de una definición primordial; de ellos se deducirán de una manera no menos rigurosa los demás derechos del ciudadano, las principales ideas de la Constitución, las más importantes leyes políticas ó civiles, en una palabra, el orden, la forma y el espíritu del nuevo Estado.

II

De ahí se derivan dos consecuencias. En primer lugar, la sociedad de este modo constituida es la única justa, porque, al contrario de las otras, no es obra de una tradición ciegamente recibida, sino de un contrato celebrado entre iguales, examinado claramente y consentido con entera libertad (1).

Compuesto de teoremas demostrados, el contrato

(1) Rousseau admiraba aún á Montesquieu, con algunas reservas; pero luego la teoría se desarrolló y se rechazó todo derecho histórico. «Entonces,—dice Condorcet,—hubo necesidad de renunciar á esa política astuta y falsa que, olvidando que los hombres tienen derecho igual en virtud de su propia naturaleza, quería, á veces, pedir la extensión de los que era preciso concederle, según la magnitud del territorio, la temperatura del clima, el carácter nacional, la riqueza del pueblo, el grado de perfección del comercio y de la industria; y otras veces, repartir desigualmente los mismos derechos entre diversas clases de hombres, conceder algunos al nacimiento, á la riqueza, á la perfección, y crear de este modo intereses contrarios, poderes opuestos, para luego establecer entre los mismos un equilibrio que sólo estas instituciones hicieron necesario y que tampoco corrige las influencias perniciosas.»

social tiene la misma autoridad que la geometría; por eso es válido, lo mismo que ésta, en todo tiempo, en todo lugar y en todo pueblo; su establecimiento es de derecho. Todo el que se opone á él, es enemigo del género humano; gobierno, aristocracia, clero, quien quiera que sea, debe ser derribado. Contra él, no es mas que una simple defensa la rebelión; cuando nos escapamos de su poder, no hacemos mas que recobrar lo que detenta contra todo derecho y lo que es legítimamente nuestro. En segundo lugar, el código social, tal como acaba de exponerse, una vez promulgado, ha de aplicarse sin oscuridad ni resistencia; porque es una especie de geometría moral más sencilla que la ordinaria, reducida á la última expresión, fundada en la noción más clara y más vulgar, y que conduce en cuatro pasos á las verdades capitales. Para comprender y aplicar estas verdades, no hay necesidad de estudio previo ni de profunda reflexión; basta un buen sentido, y hasta el sentido común. Sólo la preocupación y el interés podrían oscurecer su evidencia; pero nunca esta evidencia faltará para un cerebro sano y un recto corazón. Explicad á un labrador, á un obrero, los derechos del hombre, é inmediatamente se convertirá en un buen político; hacéd recitar á los niños el catecismo del ciudadano, y, al salir de la escuela, sabrán tan bien sus deberes y sus derechos como las cuatro reglas de la aritmética. Por sobre de todo, la experiencia despliega sus grandes alas; todos los obstáculos parecen quitados; está admitido que por sí misma, y por virtud propia, la teoría engendra la práctica, y que les basta á los hombres decretar ó aceptar el pacto social para adquirir al mismo tiempo la capacidad de comprenderlo y la voluntad de cumplirlo.

Confianza maravillosa, inexplicable á primera vista, y que supone del hombre una idea que no tenemos. En efecto, creíasele inteligente, y hasta bueno, por esencia. Inteligente, esto es, capaz de dar su asentimiento á un principio claro, de seguir la serie de los razonamientos ulteriores, de entender y aceptar la conclusión final, para sacar de ella, á su debido tiempo, las variadas consecuencias que encierra. Tal es el hombre, ordinariamente, á los ojos de los escritores de la época; y es que le juzgan según ellos mismos son. Para ellos, el espíritu humano es su espíritu; el espíritu clásico. Ciento cincuenta años hace que reina en la literatura, en la filosofía, en la ciencia, en la educación, en la conversación, en virtud de la tradición, de la costumbre y del buen gusto. No se tolera ni concibe otro, y si en su cerrada circunferencia llega á introducirse un extraño, es bajo

la condición de emplear el idioma oratorio, que la inteligencia razonadora impone á todos sus huéspedes, griegos, ingleses, bárbaros, labriegos y salvajes, por diferentes que sean entre sí y por extraños que á ella sean. Según Buffon, cualquier hombre, relatando las primeras horas de su vida, analiza sus sensaciones, sus emociones, tan delicadamente como pudiera hacerlo el mismo Condillac. Para Diderot, Oton el oitaitiano, así como para Bernardino de Saint-Pierre, un semi-salvaje del Indostan ó un viejo colono de la Ile-de-France, y para Rousseau, un vicario de la montaña, un jardinero, un prestidigitador, son discursistas y moralistas cumplidos. En Marmontel, Florian, en toda la baja literatura que precede á la Revolución ó va con ella, en todo el teatro trágico ó cómico, el personaje; cualquiera que sea, villano inculto, bárbaro, tatú, salvaje completo, tiene como primer fondo el talento de explicarse, de raciocinar, de proseguir con inteligencia y atención un discurso abstracto, de unir por sí mismo, ó mediante un guía, la serie rectilínea de las ideas generales. Así, para los espectadores del siglo XVIII, la razón se halla en todas partes y sólo ella existe en el mundo. Una forma tan universal de la inteligencia, no puede menos de parecerles natural; son como el que no conociendo mas que un idioma y habiéndolo hablado siempre bien, no conciben que pueda hablarse en otro ni que haya cerca de ellos mudos ó sordos. Tanto más, cuanto que la teoría autoriza esta preocupación. Según la nueva ideología, toda inteligencia está al alcance de la verdad. Si no la alcanza es por culpa nuestra, que la hemos dispuesto mal para ello; y la alcanzará, si nos tomamos la molestia de dirigirla hacia ella. Porque tiene sentidos como nosotros, y las sensaciones excitadas, combinadas, anotadas con signos, bastan para formar «no sólo todas nuestras ideas, sino también todas nuestras facultades,» según la *Lógica*, de Condillac. Un encadenamiento exacto y continuo une á nuestras más sencillas proporciones las más complicadas ciencias, y desde el primero al último peldaño puede establecerse una escala; cuando el discípulo se detiene en su camino, es que hemos dejado sobrado intervalo entre dos peldaños; no omitamos ninguno, y subirá hasta la cima. A esta elevada idea de las facultades humanas, se añade otra no menos elevada de su corazón. Rousseau declaró que era bueno, y la buena sociedad se dejó llevar de esta creencia con toda la exageración de la moda y todo el sentimentalismo de los salones. Tiénese la convicción de que el hombre, particularmente el hombre del pueblo es, por naturaleza, sensible, afectuoso, que in-

mediatamente se conmueve con los beneficios y está dispuesto á agradecerlos, que se entenece á la más pequeña muestra de interés, que es capaz de las mayores delicadezas. Los grabados, en la colección de ellos que representa la *Historia de Francia*, pintan, en una cabaña desmantelada, dos niños de cinco y de tres años al lado de su abuela enferma; el uno le levanta la cabeza y el otro le da de beber; el padre y la madre, que entran, ven este conmovedor espectáculo, y «esa buena gente se siente tan dichosa por tener tales hijos, que olvidan su pobreza.» «¡Oh, padre mío!—exclama un pastorcillo de los Pirineos.—Tomad este perro leal, que há siete años me obedece; que en lo sucesivo os siga y os defienda; nunca me habrá servido con tanta utilidad.»

Sería sobrado largo seguir en la literatura del fin siglo, desde Marmontel hasta Bernardino de Saint-Pierre, desde Florian hasta Berquin y Bitaubé, la inagotable repetición de estas dulzuras y de estas alabanzas. La ilusión se extiende hasta á los hombres de Estado. «Señor,—dice Turgot (según de Tocqueville, en su *Antiguo régimen*, 237), presentando al rey un proyecto de educación política,—me atrevo á responderos de que dentro de diez años nuestra nación será desconocida, y que por la ilustración, las buenas costumbres, el celo ilustrado por nuestro servicio y el de la patria, estará por encima de los demás pueblos. Los niños que cuentan ahora diez años, serán entonces hombres preparados para el Estado, afectos á su país, sumisos, no por miedo, sino por reflexión á la autoridad, caritativos para con sus ciudadanos, acostumbrados á agradecer y respetar la justicia» (1).

En el mes de Enero de 1789, Necker, á quien M. de Bouillé demostraba el inminente peligro y las infalibles empresas de Tercer estado, «contestaba friamente y levantando al cielo los ojos, según las memorias de este último, que era menester contar con las virtudes morales de los hombres» (2).

En el fondo, cuando se quería concebir la fundación de una sociedad humana, imaginábase vaga-

(1) En *El año 2440*, de Mercier, tercer volumen, puede verse uno de estos bellos ensueños. Esta obra se publicó, por vez primera, en 1770. «La revolución,—dice uno de sus personajes,—se ha operado *sin violencia*, por el heroísmo de un hombre grande, de un rey filósofo, digno del poder, puesto que lo desdenaba, etc.»

(2) En el *Cuadro de la literatura francesa del siglo XVIII*, de Barante, p. 318, se lee: «Se creía que la civilización y las luces habían amortiguado todas las pasiones, suavizado todos los caracteres. Parecía que la moral se había hecho fácil de practicar y que la balanza del orden social estaba tan bien equilibrada que nada podría desequilibrarla.»

mente una escena semi-bucólica, semi-teatral, igual, á corta diferencia, á las que se veían en la portada de los libros ilustrados de moral y de política. Hombres semi-desnudos ó cubiertos con pieles de animales, están agrupados bajo una vieja encina; en medio de ellos, un venerable anciano se levanta y les habla «el lenguaje de la naturaleza y de la razón,» les invita á que se unan y les explica á lo que

se obligan en virtud de este contrato mutuo; preséntales de acuerdo el interés público con el privado, y acaba por hacerles comprender las excelencias de la virtud. Inmediatamente prorumpen todos en gritos de alegría, se abrazan, rodéanle apresuradamente y le aclaman por magistrado suyo; por todas partes se baila bajo los olmos, y desde aquel momento queda establecida en la tierra la felicidad.



El conde de Artois (CARLOS X, de Francia)

No exagero; en la carta de Rousseau á M. de Beaumont, hay una escena de esta naturaleza, y el establecimiento del deísmo y de la tolerancia, viene á consecuencia de un discurso como aquél. Las alocuciones de la Asamblea nacional á la nación, serán arengas por este estilo. Durante años, el gobierno hablará al pueblo como á un pastor de Gessner. Se suplicará á los labriegos que no quemen los castillos, por no apesadumbrar al rey. Se les exhortará «á maravillarle con sus virtudes, para que así obtenga más pronto el premio de las suyas,» como dice una alocución del 11 de Febrero de 1790, que puede verse en la *Historia parlamentaria*, de Roux y Buchez, y de la cual dice un diputado que es una «conmovedora y sublime alocución,» y que fué acogida por la Asamblea «con aplausos sin ejemplo.» En lo mejor de la Jacquerie los sabios de la época continuarán suponiendo que viven en plena égloga y que con un toque de flauta van á reconducir al

redil al aullador motín de las cóleras bestiales y de los desenfrenados apetitos.

III

Es triste cosa la de que se duerma uno en una majada y se encuentre al despertar con que los carneros hanse convertido en lobos; y no obstante, es cosa que puede temerse en caso de revolución. Eso que en el hombre llamamos razón, no es ya un dón innato, primitivo y persistente, sino adquisición tardía y un compuesto frágil. Bastan las más insignificantes nociones fisiológicas para comprender que la razón es un estado de equilibrio inestable, que depende del estado no menos inestable, del cerebro, de los nervios, de la sangre y del estómago. Elegid mujeres que tengan hambre y hombres bebidos; poned juntos á mil de ellos, dejad que se calienten con sus gritos, por el espectáculo, por el

contagio mútuo de su creciente emoción; al cabo de algunas horas ya no tendréis más que una barahunda de locos peligrosos; desde 1789 se sabrá eso de sobra. Ahora interrogad la psicología, la más sencilla de las operaciones mentales, una percepción de los sentidos, un recuerdo, la aplicación de un nombre, un juicio ordinario, es el juego de un mecanismo complicado, la obra común y resultante de muchos millones de ruedas que como las de un re-

loj tiran y empujan ciegamente, todas arrastradas por su propio impulso, todas sostenidas en su misión por compensaciones y contrapesos, pues sabido es que se evalúan en 1.200 millones el número de las células cerebrales y en cuatro millones el de las fibras que las unen. Si la aguja señala una hora aproximadamente exacta, es por efecto de una coincidencia que es una maravilla, por no decir un milagro, y la alucinación, el delirio, la monomanía



DE ALEMBERT

que viven á nuestras puertas están siempre á punto de penetrarnos. Hablando con propiedad, el hombre como está el cuerpo enfermo, por naturaleza, la salud de nuestro espíritu, como la de nuestros órganos, no es más que un buen resultado frecuente y un bello accidente. Si tal es la probabilidad para la trama ó el tosco cañamazo, para los gruesos hilos, casi sólidos, de nuestra inteligencia, ¿cuáles no serán los azares para el bordado ulterior y superpuesto, para la red tenue y complicada, que es le razonamiento propiamente dicho y se compone de ideas generales? Formadas por un lento y delicado tejido, al través de un largo aparato de señales, entre los tirones del orgullo, del entusiasmo, la obstinación dogmática, ¡cuántas probabilidades para que en la mejor de las cabezas, correspondan mal estas ideas á las cosas! Con respecto á eso, desde el presente, hasta ver en nuestros filósofos y en nuestros políticos el idilio en boga. Si tales son las inteligencias

superiores ¿qué diremos de la multitud del pueblo, de los cerebros toscos ó semitoscos? Cuanto más coja es la inteligencia en el hombre, más rara es la humanidad. Las ideas generales y el raciocinio consecuente sólo se encuentra en un pequeño grupo de escogidos. Para adquirir la comprensión de las palabras abstractas y la costumbre de las deducciones sucesivas, es precisamente necesaria una preparación especial, un ejercicio prolongado, una antigua práctica, y además, si se trata de política, la sangre fría que, dejando á la reflexión todo su alcance permite al hombre salirse por un momento de sí mismo para considerar sus intereses como desinteresado espectador. Si falta una de estas condiciones, el raciocinio, y sobre todo el raciocinio político, falta. En el labriego, en el villano, en el hombre aplicado desde su infancia al trabajo manual, no sólo falta la red de los conceptos superiores, sino que tampoco están formados los instrumentos internos que po-